

LA ALBORADA

Montevideo, Abril 19 de 1903



todo el fervor de su corazón, no obstante, nunca midió las terribles consecuencias de la intriga en que se hallaba envuelto. Parecía el amor de Bibiana, un acontecimiento novelesco, que constituyendo solamente una de las muchas aventuras de su vida, terminaría sin trascendencia alguna; y aunque en ocasiones acudiera á su mente el recuerdo de su amante esposa en unión del de sus tiernos hijos, la fascinadora hermosura de Bibiana, le hacía de nuevo olvidarse de ellos.

Encontráronse de nuevo en un baile que daba la embajada francesa y en el que Bibiana apareció tan bella y encantadora como siempre.

—Señor Ridal, dijo la condesa al joven mientras la saludaba, tengo que hablar con usted cinco minutos.

—¡Qué orden tan grata! replicó Lionel, ¿quiere usted cederme el cuarto vals de esta noche? y si le parece, en lugar de bailar conversaremos.

Llegado el vals, y mientras anduvieron pugnando por abrirse paso entre la numerosa concurrencia que llenaba el salón principal, nada de particular se dijeron, pero al llegar á una habitación algo retirada, Bibiana se apoyó con más fuerza sobre el brazo que le daba Lionel, y murmuró dulcemente:

—Deseo hacerle á usted una pregunta.

—Todas las que usted quiera, contestó el joven poniéndose pálido al ocurrírsele si la condesa habría oído decir algo respecto á su familia.

—Quisiera saber si nuestra amistad durará toda la vida.

La palidez de Lionel creció hasta ponerse lívido; el recuerdo de sus hijos y de su bella esposa acudió á su memoria, pero repeniéndose de su turbación, contestó á Bibiana.

—Sí... condesa, toda la vida.

—¿Siente usted lo que dice, Lionel? exclamó la joven con los ojos llenos de alegría.

¡Ah! no sabe usted lo que me ha preocupado la idea de que pudiera terminar de repente nuestra amistad.

—Nunca terminará, condesa, repuso Lionel, conmovido por la pasión que leía en el rostro de la joven.

El corazón de Bibiana, palpitaba con vehemencia, sus fibras temblaban bajo la influencia de una sensualidad desconocida, su rostro estaba radiante y Lionel, no pudiendo resistir las miradas de aquellos ojos fascinadores, se inclinó, y aproximando sus labios á los de la condesa le imprimió un ardiente beso.

Las mejillas de Bibiana, adquirieron un color de púrpura, y con éxtasis profundo exclamó:

¡Oh, amor mío! ¡Te habré encontrado para perderme!

CAPITULO XXII

Los días que siguieron á la escena que acabamos de describir, fueron de deliciosos sueños de amor para Bibiana, quien adormecido su espíritu con la dicha presente, esforzándose por no pensar en el temeroso mañana de su primer amor; pero para Lionel, no fueron así; su conciencia le recriminaba constantemente la falta de fidelidad que para con su esposa observaba. La pasión que sentía por Bibiana, era la consecuencia natural de su halagada vanidad, no obs-

tante que al mismo tiempo reconocía que la condesa obraba para con él, no sólo leal sino generosamente. En el ánimo agitado del joven, se confundían encontrados sentimientos; al pensar en Bibiana, llena de amor y ternura, halagábase su orgullo, pues se le consideraba como la mujer más rica, más bella y más deslumbradora de todas las mujeres, pero parecía también oír en lo más profundo de su corazón los justos clamores de la no menos bella Leonor y de sus tiernos hijos, que le pedían protección y cariño. Más de una vez, sugestionado por los íntimos gritos de su conciencia, sentíase inclinado á confesar á la condesa hallarse casado y que era padre de dos tiernas criaturas, bellas como dos ángeles. Sí, se lo confesaré, decía, y con su generoso corazón me compadecerá por la lucha interna que me confunde. Pero esta confesión, que quizás le hubiera ahorrado en el porvenir un delito, un remordimiento, no salía de los labios de Lionel, pues rebelándose su amor propio ante el temor de rebajarse á los ojos de su amada, le hacía variar de parecer:—No, murmuraba, mejor será seguir la aventura por dos semanas más, y después dejaré de verla para siempre. Y como para acallar su conciencia, escribía largas y cariñosas cartas á su esposa; mucho más largas y cariñosas á medida que se aumentaban sus inquietudes. Prometíase también, á su regreso á Dunwold, reparar toda su falta, consagrarse enteramente á su mujer é hijos, y colmarlos de caricias, en compensación á las que entonces les robaba.

Así, pues, con semblante pálido, el alma adormecida sintiendo en el corazón una profunda melancolía, á causa de los remordimientos que le torturaban, hallábase Lionel en su cuarto cuando un criado le entregó una carta.

Vió que era de la condesa y una oleada de sangre afluyó á su corazón.

Desdobló el perfumado billete y con avidéz leyó lo siguiente:

«LIONEL MÍO: Deseo verte. El conde ha salido, y estoy sola: ven á pasar el día conmigo».

La carta de la condesa, hizo olvidar al señor Ridal todos sus pensamientos, y ante la felicidad que le aguardaba, lleno de placer y vanidad se apresuró á acudir á la cita.

Bibiana había desplegado todos los recursos de su tocador para recibir á su amante, y mientras un vivo rubor coloreaba sus mejillas, estrechó la mano del joven, diciéndole:

—¡Cuán bueno eres, amado Lionel! tendrías algún compromiso para hoy. ¿No es cierto?

—Aunque los hubiera tenido, vida mía, repuso el joven lleno de pasión, todo lo habría dejado por el inmenso placer de verte.

—¡Ah! murmuró Bibiana, te pagaré con creces tu cariño.

Y cogiendo á Lionel de la mano, lo condujo al jardín, añadiendo con indefinible amor:

—¡Oh! ¡Cuán hermoso y agradable es amar rodeada de flores!

CAPÍTULO XXIII

Bibiana y Lionel, penetraron en el jardín. La Naturaleza, por su parte, parecía favorecer

(Continuará).

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom

Administrador,
AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA DAYMAN, 52 MONTEVIDEO R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes.	ps. 0,50	Número suelto (atrasado)	ps. 0,30
Por semestre adelantado	3 00	Por un año adelantado	5 00
Número suelto (los sábados y domingos).	0 10	Exterior. Por año adelantado	7,00
(de la semana)	0,20		

NOTA.—No se admiten suscripciones directas de campaña y del exterior, sin previo pago adelantado, cuando menos por un semestre. Las personas que deseen suscribirse por mes, deberán solicitar la suscripción á los señores Agentes.—La correspondencia gráfica debe dirigirse á nombre del director, señor Arturo Salom. La correspondencia administrativa á nombre del Administrador, señor Agustín Salom.

OTRA.--Colaboradores fotográficos de "La Alborada": Ramón Blanco, Uruguay 359; Domínguez y Peragallo, Cerro 21.

INTERESA

A los señores fotógrafos de profesión y á los aficionados que envíen á la Redacción de LA ALBORADA fotografías sobre algún asunto de interés y de palpitante actualidad, se les abonará CINCUENTA centésimos por cada prueba publicada.

Las fotografías deberán enviarlas á la Redacción de LA ALBORADA, teniendo en cuenta que deben entregarlas antes de la una de la tarde de los Miércoles.

Al pie de cada fotografía se publicará el nombre de su autor.

"LA URUGUAYA,"

Compañía Nacional de Seguros contra Incendios, Marítimos y Sobre la vida

Capital social: 1.000.000 de pesos oro sellado.

DIRECTORIO:—Presidente: Arturo Heber Jackson—Vice: Alvaro Martínez—Tesorero: Pedro C. Falco—Secretario: Antenor R. Pereira—Vocal: Joaquín Aibanell y Mora—Gerente: Máximo Ruiz Díaz.

LA URUGUAYA es LA ÚNICA compañía de seguros aquí establecida que tiene su capital radicado en el país.

LA URUGUAYA es LA ÚNICA compañía de seguros que no tiene que remitir al exterior el importe de sus primas y que beneficia al país contribuyendo á disminuir la exportación de oro.

LA URUGUAYA es LA ÚNICA compañía de seguros aquí establecida que responde con todo su capital exclusivamente de las pólizas otorgadas en la República Oriental, ofreciendo así á sus asegurados la más grande garantía.

LA URUGUAYA es la compañía de seguros aquí establecida que por la liberalidad de sus pólizas, por la rapidez con que puede liquidar cualquier siniestro, por la importancia de su capital y por su manera de operar, ofrece mayores ventajas á sus asegurados.

Para informes, á nuestras oficinas:

ITUZAINGO, 157.—MONTEVIDEO

¿SUFRE USTED DE LOS PIES?



Pues la cura no la encontrará en boticas ni droguerías, sino en la lujosa ZAPATERIA XALAMBRI, que es entre todas las de la capital la que confecciona un calzado más cómodo, elegante y sólido, como puede atestiguarlo la numerosa clientela que hace ya veinticinco años se sirve en esa conocida casa.

25 de Mayo 172--Montevideo

EL DIGESTIVO MOJARRIETA

no tiene nada de común con el sinnúmero de remedios engañosos que se expenden sin conciencia ni remordimientos, explotando la credulidad pública.

EL DIGESTIVO MOJARRIETA

es reconocido sin igual por celebridades médicas de todos los países, por profesores de Universidad, médicos especialistas en las enfermedades del estómago y finalmente por millares y millares de personas bien conocidas, de posición social independiente, que con su uso recuperan la salud perdida.

EL DIGESTIVO MOJARRIETA

no contiene (no hay sino analizarlo para convencerse):

- 1.º ALCALINOS (*magnesia, litina, etc.*), indicados para neutralizar los ácidos.
- 2.º ASTRINGENTES (*bismuto, ácido tánico, etc.*), indicados para hacer desaparecer la diarrea.
- 3.º CALMANTES (*opio, belladonna, bromuros, cocaína, etc.*), indicados para sofocar los dolores sin hacer desaparecer la causa.
- 4.º PEPTICOS (*papaína, pepsina, peptona, pancreatina, etc.*), indicados para facilitar la digestión ó producir digestiones artificiales.
- 5.º ESTIMULANTES (*Habas de San Ignacio, estriquina, nuez vómica, etc.*), indicados para tonificar el estómago produciendo contracciones.
- 6.º PURGANTES (*cáscara sagrada, taurina, podofilina, etc.*), indicados para irritar los intestinos y provocar las deposiciones.

LA TERAPIA PRUEBA SIN ADMITIR DISCUSION: que los remedios arriba indicados, generalmente usados para combatir las enfermedades del estómago y de los intestinos, no producen sino un engaño pasajero, adormeciendo transitoriamente los síntomas de la enfermedad en lugar de curarla.

Estas drogas acostumbran al organismo á un estímulo continuo, cesado el cual la enfermedad reaparece en toda su intensidad y á veces agravada.

¿Se puede llamar cura del estómago, tal alivio, tal engaño?

Formular la pregunta equivale á contestarla.

¿Curar una enfermedad no consiste en aliviar sus síntomas?

Curar es extirpar el mal, hacer desaparecer sus causas.

El DIGESTIVO MOJARRIETA, cuya composición escapa á todo examen y es por lo mismo inimitable, cura, como lo reconocen celebridades médicas y millares de personalidades de todas las partes del mundo, la Dispepsia, los dolores estomacales, las digestiones trabajosas, los dolores y la dilatación del estómago, la inapetencia, el estreñimiento y cuantas más enfermedades provienen de malas digestiones.

Por su especial composición, el DIGESTIVO MOJARRIETA disuelve las mucosidades del estómago y de los intestinos, absorbe los gases de la fermentación destruyendo los gérmenes de la putrefacción gastrointestinal. Por eso mismo, las funciones digestivas se regularizan, el apetito reaparece y la nutrición normalizada se traduce pronto en bienestar envidiable. El buen humor, que no es otra cosa sino la resultante del equilibrio fisiológico, reaparece indicando que la cura se ha concluido, que el DIGESTIVO MOJARRIETA ha realizado lo que otros específicos habían prometido y no cumplido.

Solicítese el libro donde constan los certificados de eminencias médicas y de muchos enfermos curados, que se manda libre de porte y gratis.

DROGUERIA DEMARCHI

Calle Cerrito, 237

Montevideo

AÑO
VII

LA ALBORADA

NUM.
266

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR:
ARTURO SALOM

REDACTOR:
CARLOS F. MUÑOZ

DIBUJANTE:
JOSÉ OLIVELLA

ADMINISTRADOR:
AGUSTIN SALOM

Oficinas: Daymán, 52

Montevideo, Abril 19 de 1903

Suscripción anual adelantada: \$ 5

Necrológicas

En la noche del 2 de abril falleció en esta capital, auxiliado por los santos sacramentos, el distinguido miembro de la colonia española señor Juan Vicente Arcos, quien después de una residencia de más de cuarenta años en este país, se hallaba vinculado á nuestra sociedad por la más estrecha simpatía.

De inteligencia clara, laborioso y perseverante, supo distinguirse con contornos bien definidos del núcleo de sus numerosos compatriotas, que le llamaban, con justicia, el «patriarca español», atendiendo á las relevantes prendas que adornaban al extinto.

En su corazón noble albergaron los más caritativos sentimientos, y su bolsa de filántropo, fué siempre el paño de lágrimas de los infortunados desheredados de la suerte.

Debido á su fecunda iniciativa, sus connacionales recibieron del señor Arcos muy importantes y desinteresados servicios. Fué uno de los socios fundadores de la «Sociedad Española 1.ª de Socorros Mutuos», é iniciador de la fundación del Hospital y Club españoles. El implantó en nuestra tierra las costumbres de la madre patria al introducir las bulliciosas romerías que año á año se realizan al son de gaitas y panderetas en el pintoresco local del Campo Eúskaro. Fuera de estas obras, conocidas y elevadas, su nombre figuró en primera línea en toda comisión importante organizada por sus compatriotas.

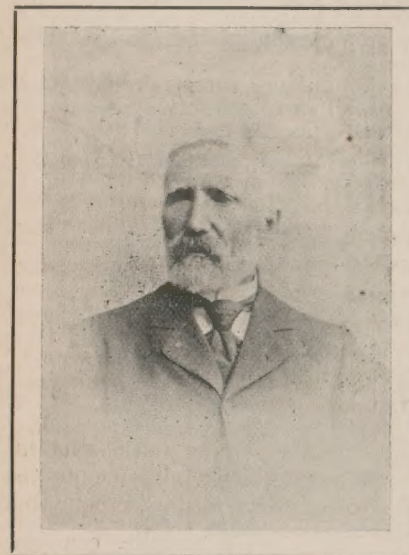
Por eso su sepelio, efectuado en la tarde del día 3 de abril, fué una verdadera demostración de la admiración y el cariño que se le profesaba.

LA ALBORADA se une al homenaje que le tributaron sus amigos y compañeros, enviando á sus deudos el pésame más sentido.

—El 21 del pasado mes falleció en el pueblo de Pando la señorita Auristela Anelli, después de una enfermedad penosa que le tuvo postrada en cama durante bastante tiempo.

La extinta era muy querida en la sociedad de Pando por sus relevantes condiciones. Como dotes físicas poseía ese atractivo irresistible de la mujer de buenas formas y mejor palmito, por el que más de un pandense perdió la cabeza; como virtudes morales tenía las muy honrosas de ser de un alma buena, grandemente buena, sensible á todos los males y todos los dolores que ella pudiera remediar ó consolar con su palabra ó su acción; prodigaba consuelo como prodigaba sonrisas; hacía el bien por el bien, sin parar mientes en quién fuese el beneficiado; en quién el agraciado. Como educacionista que era, misión por la cual había sentido especial vocación, Pando bien la conoce, bien la quiere. Los niños que han estado bajo su dirección, que han aprendido un elocuente reflejo de sus conocimientos pedagógicos, la recordarán con cariño, sentirán su falta. Por eso, por todo lo que valía, á su temprana muerte—temprana decimos pues apenas contaba 22 años—Pando se sintió acongojado y acompañó en masa, hombres, mujeres y niños, sus lamentados restos á la última morada.—En el acto de dársele sepultura, el señor J. Crespi pronunció un sentido discurso,

La fotografía que acompaña á estas líneas la enseña en una época feliz de su existencia, cuando lejos de presentir el temprano fin que le aguardaba, sonreía, sonreía á la vida que parecía mostrársele próspera, llena de grandes ensueños y grandes esperanzas.—¡Ironías del destino!



Señor Juan Vicente Arcos



Señorita Auristela Anelli

Alma grande

A la señorita Delia Muñoz.

La pareja enamorada hace un gran silencio, un vacío de minutos que pasan, contados por las rimadas tocesitas del menudo reloj encaramado en el piano silencioso y negro como un ataúd cerrado. Es la voz hueca del mundo que está diciendo siempre que se muere como un gran tísico. El reloj es una perversidad de los hombres. Le han hecho para que les cuente el aliento. Es un dedo que señala hacia las tumbas. Para la muchedumbre, es una necesidad. Para un escéptico es la muerte que se burla de la vida. Para los cobardes es la eterna angustia. Para el corazón es el mayor crimen.

Por las ventanas abiertas, entraba en la sala negra de sombras y muda de silencio, un viento callado, que se colaba despacio, sin violencia, hamaándose, como vaivenes de cuna, en una como indecisión de entrar con los alientos malos de sus caricias sucias con la calle, en aquella sala vestida de alfombra, toda nuevecita, toda dorada, toda paqueta, que dormitaba en una claridad de plata vieja venida de arriba, de lo alto de las rejas que se acercaban al cielo.

Afuera, la amante blanca de Pierrot agonizaba desesperada entre nubarrones toscos y abultados como vientres burgueses, que le oprimían, le destruían, le manchaban y le hacían pedazos el vestido de luz y azahares por el que Pierrot estaba loco.

En las lejanías oscuras, flámulas nerviosas alumbraban como pestaños de ojos soñolientos, el silencio del mundo que dormía. Eran preludios de tormenta.

En la sala silenciosa el reloj marchaba... marchaba... mientras «ellos» se apretaban enmudecidos, como dos miedos que se juntan para ser menos cobardes... Y aquella unión imprevista, impensada, les sorprendió, y se miraron en los ojos decididos. Y amorosamente, sonriéndose, se cogieron las manos y se acariciaron las palmas con las yemas de los dedos, muy despacio, en una larga cosquilla de amor.

—¿Me quieres... Malena?

—¡Oh!... mucho... mucho...

—Y entonces...

—¿Y entonces qué?

—¿No recuerdas? Lo que hablamos ayer, lo que tú me prometiste...

—No, Carlos, no, eso no; no me hables... Me haces sufrir... Te quiero mucho... mucho... soy tuya... toda tuya... toda, tú lo sabes... pero eso no... no puede ser... no me lo pidas...

Y la pobre novia, con los ojos clavados en la negrura del techo, mecía la cabeza como una dolorosa negación, como el resultado de una lucha entre el corazón que ama y la cabeza que razona. Era el pudor que defendía á la virgen.

Estaba sublime. Es el segundo de la vida en que valen más las mujeres.

—Baja esos ojos de sueño, y mírame, Malena. Piensa en mí... recuerda tu cariño y el mío, mis sacrificios, mi sinceridad, mis esperanzas y mis sueños, lo que hemos tejido juntos en otras horas y en otros deseos; piensa que yo soy tu novio, tu solo hombre, tu cariño todo, que para mí es el beso, óyelo bien, para mí solo... Razona, Malena, razona. Haz un esfuerzo... No seas así... Tú que lo prometiste...

—Sí... Te lo prometí... Carlos, porque te quiero y no quiero verte apenado... Porque eras tú quien lo pedía... Pero hoy, ¡ya ves!... no tengo fuerzas para dártelo; llega el momento y me siento temblar, tengo miedo, pierdo las fuerzas, lucho, pero no puedo... Perdóname... No sé lo que me pasa...

Y sus ojos grandulones y negros como cuentas finas se escondían tristes tras las rejas de pestañas entreabiertas. Después suspiraba hondo, y con los labios oprimidos por los menudos dientes de nácar en un mordisco de lucha, se abandonaba á una inmovilidad irresoluta, sin habla, sin aliento, sin señas de vida...

Carlos la miraba exquisitamente, con delicia, en detalle, con un refinamiento ideal, que le

hacía soñar y le atraía... Y se arrimaba más junto y acercaba los labios á sus labios, y le oía respirar, y le bebía el aliento de aroma, y luego la miraba en las pupilas una eternidad...

—Tú eres malo, Carlos... dijo ella melancólicamente. Tú sabes que eso no me lo debías de pedir ahora que somos novios... Me da mucha vergüenza... Yo te prometo que cuando nos casemos te daré todos los que quieras... Oh, entonces serán tan dulces, tan dulces!

—No lo creas, Malena. No es así. Cuando nos casemos no habrá en los besos ese idealismo, ese no sé qué delicioso que hace enloquecer los labios y los pide siempre y siempre los quiere... y tiene siempre sed de ellos... Tú estarás unida á mí por un lazo indisoluble que no es amor, un lazo de fuerza, una cadena de toda la vida. Te ligará á mí, á mis antojos, á mis gustos, á mis dominios, un collar que los hombres me han vendido para que te ponga al cuello, para que te ate las manos... Entonces serás mía porque te habré comprado... Serás mi esclava... mi juguete... mi albedrío... mi polichinela. Serás mía porque el mundo lo ha legalizado, que es la mofa mayor al corazón... Por eso, porque hay un «permiso» del mundo para nuestros amores, es que le faltarán á esos besos la fuerza del amor, las ansias del deseo, la espasmosidad de los labios que estallan locamente... Esa boca tuya será mía así, prosaicamente, como puede

serlo un objeto que compre para distraerme; será la fruta adquirida, la que me han dado, la que me obliga arbitrariamente á gustar una maldita ley de la vida. Pero, ¡oh! la prohibida, la libre, la que se lucha por conseguirla, la que no es de nadie y no se vende, á la que no liga más que el romance de ilusiones y de ensueños de los corazones libres como el aire, como el ave, como el mundo libre! ¡Oh, no quiero trabajar! Antes quiero que tu alma y la mía sancionen nuestro amor en un juramento que sea un beso y tenga como sello el lace de tus labios... Primero, nosotros. Después, los hombres... Decídete, Malena, decídete...

—No... no puedo... no puedo... Tendrás razón... no lo niego... para ti... Pero para mí tú razones mal... Yo soy mujer... Espera á que nos casemos... Pero ahora... ahora no... somos solteros... nada más que novios... tú eres hombre... y los hombres son todos así... Me besas... y luego... luego te cansas... te aburres de mis besos... de mis cariños... y me dejas para siempre!... ¡oh, no, eso no, Carlos! ¡Eso es horrible!...

—Entonces, dudas...
—No dudo. Pero tengo miedo del mañana. ¡La vida es tan mala!... Espera... Yo, que soy mujer, tengo fuerzas y espero... Y tú, tú que me quieres tanto... ¿no harás el sacrificio de esperar?... Esa será tu última prueba... Tú sabes que vivimos las mujeres llenas de preveniciones... El corazón quiere hacer muchas cosas que las conveniencias defienden por las asechanzas que la vida engañosa encierra... ¡Sí, engañosa, embustera! ¡Todo es así!... Hay veces que creo que tú eres también de esos... galeote... que tú también me acechas... que me quieres sorprender, vender... como Judas... por un beso...

Y al recibir de Malena la mirada entera, á plenos ojos, como una sonda de almas, Carlos se sintió sonrojar las mejillas como dos pecados, como dos delitos, como dos confesiones; no pudo ser más falso, mentir más «sinceramente». El corazón le vendió los labios... La mentira no salía...

Era imposible ya. Aquella mujer delicada, menuda, fina de cabos, tan insignificante en su humildad de diosa dominada, de virgen abatida, de presa segura, le había vencido... Era demasiado fuerte...

Le confesó todo. Sus propósitos, sus malas ideas, el amor fingido, la comedia hecha.

Casi, suya no era la culpa. Seguía una escuela. Oía unos consejos. Tenía malos gérmenes en el corazón. Era el mal de la época. Era peor que una mujer. No había sabido mentir verdaderamente.

Y se confesó. Era su única verdad.

—Perdón... perdón Malena. Te he estado mintiendo...

La frase quedó cortada como una herida abierta. De pronto se escuchó un rumor de precipicio, un rezongo murmurado entredientes por un rencor muy grande, una rabia gritada con los labios cerrados, un ruido de cóleras y odios implacables. Los dioses estarían riñendo allá arriba por cuestión de amores... Después, hubo como un desgarrar de entrañas, un alarido de bestia grande, la crepitación recia de un gran dolor explosivo. Y el trueno se produjo y el caos estalló. El agua diluviada entró por las ventanas abiertas, y en las sombras vagarosas de la sala silenciosa, hubo estremecimientos... De lejos, muy lejos, llegaban en las grupas del viento, lamentos de planiferas, ecos de músicas enfermas, sonos de cuerdas cansadas... Era

Pierrot que estaba muy triste, muy triste, y cantaba... cantaba á la luna... el dolor de sus amores olvidados... Y la ingrata de allá arriba no le oía...!

—¡Qué miedo! — exclamó de pronto Malena.

—¿De qué? — le contestó Carlos.

—No sé...

Y como ella se quedara callada, el novio prosiguió:

—Sí, Malena, perdón, perdón; te he estado mintiendo... ¿A qué negarlo? Soy eso que tú dices... un galeote... Judas hipócrita, Judas falsario, Judas hueco, Judas maldito... Soy más: soy peor que eso; soy Judas bostezado porque no he tenido siquiera el valor de concluir... El blasfemo de Judea tuvo la honradez de terminar...

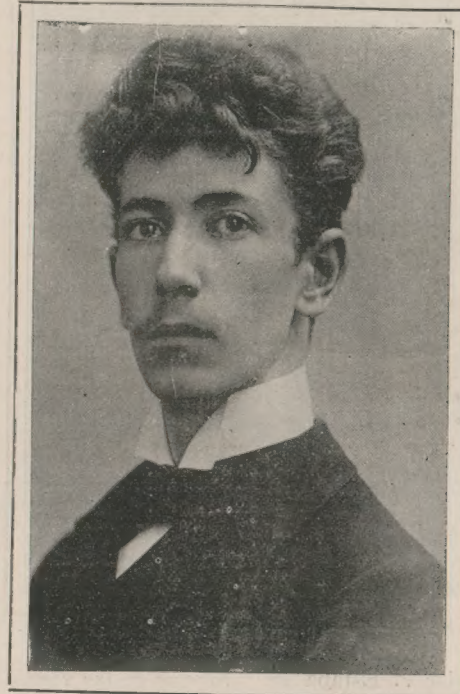
Tú vales mucho... mucho... los hombres no pueden, no deben engañar á mujeres como tú... no eres una generalidad...

eres una excepción, una extraña, una flor con savia de leones, una leona con garras de paloma, una paloma que se defiende con arrullos y ataca enseñando la pureza de sus alas blancas... Quisiera ser para ti un desconocido... uno nuevo... uno que empieza... el más último, pero sano de alma... enteramente sano, puro como un corazón de niño, ser un niño... eso... un pobre niño, una insignificancia de hombre, para ponerme ante tí la vida de rodillas, y escuchar la habla silenciosa de tus ojos negros, que han aprendido á hablar para que los labios besen...

Pero hoy ya es tarde. Es muy bonito este cuento azul... Siento el vértigo de este sueño delicioso que llega tarde... Será mi pesadilla. Será mi locura. Quizá sea... ¡pero qué!... iba á decir mi muerte... Hay verdades que parecen ramplonadas, y Polichinela no dijo nunca una verdad.

Carlos calló y se levantó reciamente, como

EMINENTE POETA



Eugenio Díaz Romero



San Eugenio.—Jefatura Política

una decisión, como una irresistible voluntad.

—Malena, he dejado de ser su novio... soy un desconocido. No puedo tutearla más. Le ofendería. El pillo, el villano, el infame que se revuelca con la tierra para reírse del cielo, nunca lo es completo. La imperfección hasta en los males es una ley del mundo. Todos tienen un rastro de hidalguía, una manifestación, un ademán, el tiempo de un minuto, de un tic-tac de reloj, pero lo tienen... Permítame, Malena, que yo también le tenga. Me voy, me debo ir, debía haberme ya ido. Pero hay algo que aún me retiene, no sé si son cariños ó escrúpulos, ó remordimientos... no sé... no sé... quizá todo eso... Los corazones á veces pueden más que la lógica... Detienen ahogándose para ahogarnos la vida. Ellos no mienten nunca. No saben mentir. Son la justicia divina...

Tengo una deuda con usted. He ofendido á la mujer, á ella el perdón. Por eso, de rodillas, humilde, muy humilde, con un último respeto, con una última súplica, pido perdón, todo el perdón de una mujer ofendida. Quisiera ser un cobarde, un pillo, para saber humillarme bien... Malena...

Carlos con la cabeza caída, dirigió una mirada larga, blanda, suave, de pierro fiel, por encima de las cejas. Y esperó...

Malena se irguió de su asiento pálida de coraje. Las víboras rabiosas debían de pararse así.

—Carlos: eres un infame. Te has apoderado de un corazón de mujer para jugar con él. Alma de fiera domesticada, sanguinario por herencia y por vocación, has merodeado en derredor de una pobre presa que no tuvo más culpa que mirar el mundo y las cosas con su candida alma de pobre buena mujer... Estaba en la selva y no veía garras, ni melenas, ni apetitos, ni oír rugidos deseadores de presas frescas... Crédula, me perdí, me dejé perder... Tu triunfo, confiésalo, fué fácil; no te debes vanagloriar de él... Cogiste mi corazón entre tus manos negras de basuras, sucias de otras sangres y otras infelices, é hiciste el ademán traidor de dirigirlo al cielo, al cielo azul y puro como las pupilas de Dios, y lo dejaste caer, lo tiraste á la calle, al inmundado arroyo, y me lo estrallaste y lo hiciste pedazos, muchos pedazos... Ahora vuelvo por ellos, te los reclamo, te exijo me lo devuelvas entero, sano, puro, como yo te lo entregué, como tú me lo robaste... ¡Infame! Me siento crecer las uñas como estiletes vengadores, y en mis brazos siento hervir fuerzas extrañas que me impulsan á hacer con ellos la contracción combada de una horca que se cierra, para echártela al cuello y ahogarte... ahogarte... Mi indignación me iguala á tí. Me baja hasta tí. A ser asesina. Como lo oyes... Asesina...

El novio escuchaba con la cabeza baja, con-

fundido, humillado. Y sus labios torpes, temblaban como válvulas flojas, al murmurar la única palabra de un cobarde:

—Perdón... perdón...

—¿Por qué te confesaste, dílo, por qué? ¿Por qué no me seguiste engañando toda la vida? Tendrías besos, no uno, sino muchos... muchos... más que besos: hubieras tenido... ¡yo qué sé!... lo que puede dar una mujer enamorada hasta las cachas... ¡Tú no sabes lo que se sufre cuando una vive con el alma muerta, vencida, hueca, cuando se oscurece todo ese prisma magnífico del ensueño, que es lo único que da alientos á las almas para seguir tropezando con la vida!... Lo he perdido todo... todo... Nada me queda, ni una perspectiva, ni un miraje, ni una vibración que me diga: El mundo vale más de un hombre. Olvida. Desprecia.

La mujer ofendida, la amante burlada, la rabia vengadora estaba satisfecha. Malena con su última palabra, que fué un balbuceo, un ahogo, un suspiro, la queja de una viola, había dejado ir la última voluta venenosa, como la postrimer furia de una tormenta que se aleja... Las mujeres son débiles hasta en la venganza, que es lo que saben hacer mejor. Después de los accesos furiosos de los nervios alienados, después del primer azote, finalmente terrible, estilete de almas que hiere por la espalda, que mata sin sangre, que envenena, que quiere fulminar con sus rayos de bengala, después del desprecio que es su insulto mayor, el argumento de toda su fuerza, viene la derrota fatal, el vencimiento, el desgonce de los huesos, la vaciedad de las carnes flojas, la

anemia de las venas, la anemia del corazón, el armazón que cae. Dios que se desmorona desde el cielo alto, en fin, se abren las válvulas de los ojos y con las lágrimas se va la vida...

Malena lloró á raudales. Se sintió domeñada, infeliz, insignificante, desamparada... La fe la había perdido con el amor que huía. ¿Qué iba á hacer ahora con aquella soledad, con aquel dolor, con aquella vida? Morirse.

Y lloró minutos enteros dejando pasar el silencio, que es el eunuco de la última odalisca, la odalisca negra, la terrible odalisca...

Pero el llanto es agua de tormenta. Reblan-dece las piedras, y el corazón que odia es un guijarro. En Malena surgió una vida nueva, un vagido de bondad, un algo que era una bendición, y la bendición perdona. El perdón es una esperanza que llega. ¿Aún soñaría? La mujer no es completamente perversa porque es hermana de la rosa de los vientos...

—He sido muy cruel contigo. Sí. Lo he sido. Pero tú también... Tú más... Oh, mucho más!... Tú me has partido el alma en dos mitades con un puñal beleñoso, y yo le he querido

sacar, le he querido destruir con la fuerza de mis uñas, de mis pobres uñas... ¡Tú ves la diferencia!

—Perdón, Malena... perdón...

—Sí, perdón; eso es lo que tú quieres... perdón... mucho perdón... Te hace falta después del mal que has hecho... Tienes el alma muy baja, para que puedan agacharse hasta ella mis perdones... No... no te perdono. Si yo perdonara sería tan infame como tú... porque admitiría el ultraje, el baldón, la burla, las soledades de tu existencia depravada al olvidarlo todo; y eso... eso no es de alma grande, y eso no lo hace Malena... Ya te digo: no, no lo olvido... no perdono!

Luego Malena anduvo unos pasos. En las tinieblas de la sala parecía la silueta errabunda de un alma en pena... Un aliento frío entró de afuera. Carlos tuvo estremecimientos... Ella se le acercó de nuevo, y dándole el sombrero, le dijo:

—Ven.

Y cogiéndole de un brazo, le arrastró decididamente hasta la puerta.

—Ahora, Carlos, toma; y estampó en la frente de su novio un beso dulce como un panal de miel...

Carlos revivió. Hubo en todo él una resurrección, una aurora, una esperanza...

—¡Malena! ¿Me perdonas?

—No... Agradecida... te pago el precio de tu confesión... que fué tu única honradez... Véte...

—¿Y aún quieres que me vaya?.. En la calle... llueve...

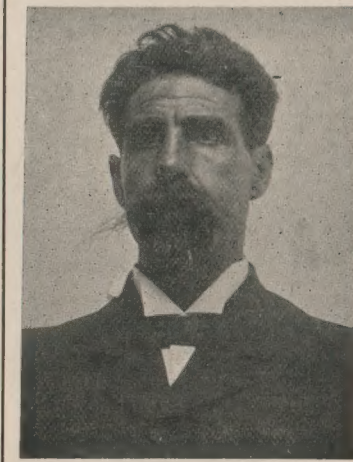
—No importa... Y acostando un brazo sobre el pecho tembloroso, añadió Malena mordiendo las palabras:

—Aquí adentro... también llueve...

MANUEL MEDINA BETANCORT.

Julio César Barros

Se encuentra de estadía entre nosotros el prestigioso comandante nacionalista don Julio C. Barros, cuya actitud en los últimos sucesos revolucionarios es ya del dominio público. He aquí algunos lieros datos biográficos del jefe que nos ocupa: Nació en Don Pedrito (Río Grande) el 27 de Noviembre de 1864. Empezó la carrera de las armas en el Quebracho, alistándose como soldado distinguido en la división del comandante Pedro Barrera, de Tacuarembó. Después pasó al Brasil y con el grado de alférez formó en la división de Cabeda, al iniciarse en el vecino país la revolución de 1891, en contra de la dictadura de Deodoro da Fonseca. En 1894 comandaba ya, con el grado de capitán el regimiento de caballería número 1. El 24 de Enero del mismo año peleó y deshizo un escuadrón gubernista al mando de Juan Francisco, asistiendo después al ataque y toma de Santa Ana. Se halló en los combates de Yacaracá, Ibiracoy, Nanduy, Sepulturas, (donde derrotó nuevamente á Juan Francisco) Marco de López y Río Negro, batalla en que fué tomado prisionero el mariscal Isidoro. En ese combate, como cayeron heridos el 1.º y 2.º jefe del batallón de infantería en que Barros peleaba, fué ascendido á sargento mayor, nombrándosele al mismo



Comandante Julio C. Barros

Ossorio donde fué muerto Saldanha da Gama. De allí se incorpora en Caverá á las fuerzas de Maneco Machado, á cuyo lado permaneció como jefe

de la primera brigada hasta la paz de Septiembre de 1895.

En la revolución oriental de 1897 su actuación fué también importante. Invadió nuestro territorio con un puñado de hombres el 28 de Febrero, siendo atacado al día siguiente en Cuchilla Negra. El 28 de Marzo se incorporó á Saravia en Aceguá y después de la batalla de Arroyo Blanco fué nombrado jefe de vanguardia.



El comandante Barros acompañado del teniente Arturo Silva, Comandante Aníbal Chagas y capitán Pedro P. Valiente

El rey de las gemas

La cabañuela se hallaba como hundida entre los erizos breñales que bifurcaban y extendían sus entecas ramazones, serpenteando sobre el suelo estéril del vallecito.

El cazador audaz, ó el extraviado viajante que por rara casualidad llegaba á ese paraje, sólo podía darse cuenta de la existencia de seres racionales, por el girón de humo que surgía del techo rojizo de aquella choza, que á juzgar por su construcción salvaje y primitiva, parecía la guarida de alguna tribu aborigen.

Llegando á la cúspide del monte más erguido, columbrábase entre las torvas lejanías el campanario del vecino villorrio, y los días de fiesta, cuando lo de arriba estaba azul y una lujosa floralia matizaba los jardines cultivados, llegaban hasta la desierta mansión, amortiguados por la distancia, los tremantes clamores de las campanas que echadas á vuelo, repicaban hasta desgañitarse, invitando á los fieles á cantar plegarias y á ofrendar flores silvestres en el altarcito de la virgen milagrosa.

Ignoraba Tarsila que corriese en las bocas de las lugareñas una historia sobrenatural, en la que ella fungía como protagonista.

Las villanas propalaban que la avariciosa vieja con quien la núbil vivía, después de celebrar en noche de aquellos un pacto infernal, había ofrecido su adorable persona al proscribo del paraíso, recibiendo en recompensa de tan nefando negocio, un gran talego repleto de oro de Ofir y el derecho de cosechar en un huerto encantado, la mandrágora, los huesos de muerto desenterrados por las hienas, las cabezas de víboras, las astas de macho cabrío y todos los filtros con que la septuagenaria fabricaba sus filtros y potingues.

Las ancianas, santiguándose, maldecían aquella arboleda sin verdor; los patriarcas, al rescoldo de la chimenea, relataban á los pequeños, consejos espeluznantes, y los mozos suspiraban pensando en la hermosa singular de la embrujada.

La harpía había en efecto, prometido la doncella á un ser sobrenatural, pero no al diablo, á ese pobre mito, tan vulgar, tan feo y tan calumniado, sino á un opulento gnomo, de lengua barba, roja, florida y espiraleada á canelones, patizambo y giboso, lo mismo que un polichinela, con purpúrea caperuza, bordada de piedras desconocidas aun de los más sapientes lapidarios, y un descomunal gorro en cuyas puntadas hacían remate tres cascabelitos de oro, que tintineaban cuando al agitarse la fenomenal cabeza chocaban las cuentas que había en su interior.

Era el prometido de Tarsila el señor absoluto de los imperios subterráneos, capitaneaba le-

giones de enanos, poseía tesoros incalculables, tenía esclavos nubios y sus aventuras llenaban de leyendas extrañas las comarcas y villas.

En invierno, cuando el frío mataba á los parvulillos huérfanos y se ocultaban los crestones de la cordillera bajo una clámide de astral blancura, paseaba sobre la nieve y, acompañado de una numerosa tropa de pigmeos, bailaba sobre la superficie helada de los lagos muertos, bajaba á lo profundo de los precipicios, exploraba las cuentas misteriosas, raptaba á las muchachas incautas, cazaba siervos, aturdiendo las silentes serranías con el estridente alarido de su cornamusa, y las blasfemias de sus compinches.

La noche de reyes conmovió al supersticioso pueblecillo un acontecimiento extraordinario.

Tarsila había acudido á la iglesia, solicitando del pastor de almas los auxilios de la extremaunción para la vieja que agonizaba.

Los fanáticos campesinos, al enterarse de la solicitud, disuadieron al cura, y aun por fuerza le impidieron suministrar alguna limosna espiritual á la moribunda hechicera.

Tarsila emprendió el camino que á su retiro conducía, avergonzada y llorosa, embargado su ánimo por misteriosos terrores é inexpressables tristezas.

Emigraba el sol, la luna ostentaba su disco clorótico, bañando en blanco todo el paisaje crepuscular, y nublazones pintadas con los tonos atormentados del cobre fundido se esfumaban y desteñían entre la lumbre purpúrea del occiduo fulgor.

Ladaban los perros en las dehesas y case- ríos, los garañones relinchaban llamando á las potrancas, el ábrego simulaba los rugidos de león en los desfiladores, los árboles, enfermos sin frondaje, crujían como esqueletos, proyectando sombras caprichosas.

Cuando Tarsila llegó á la cabaña, salió á recibirla un hombrecillo, un pequeño picapedrero, que con la piqueta echada al hombro, hacía grotescas caravanas.

La casa estaba invadida por una duendería que hormigueaba como república de sabandijas. La moza contemplaba á los pigmeos creyéndose poseída de una alucinación.

Los había decrépitos, con testas de Holofernes degollado y barbas de burgrave, tuertos unos ó de pupilas estrábicas los otros, y todos los demás, narigudos, jorobados, monstruosos, formidables, repugnantes...

Tarsila sintió un espanto indescriptible al ver el lecho mortuario de su abuela circuido por aquellos entes, que tomados por la mano, valsaban una rondalla de valpurgis, entonando al mismo tiempo extraños cánticos con sus chillonas y agudas voces.



Señora Celina Rodríguez de Moorsee

¡Tuvo miedo!

Buscó la imagen del crucificado y vió en su lugar un símbolo trágico: intentó gritar y el terror ahogó sus exclamaciones; quiso huir, y entonces el más viejo de los invasores, el más feo, el más odioso, el que los eclipsaba á todos, un malandrín listo y endiablado, haciendo muequecillas y ensayando brincos de marioneta, asíóla con sus brazos de tritón, y ya con la presa áuestas, escapó á los montes, seguido de los gnomos que vociferaban saltando de roca en roca.

Eso era terrible.

Los viejos agitaban sus nudosas cachiporras, los jóvenes arrancaban de cuajo los arbustos, desprendían peñascos, arrojándolos en una pedrea ciclópea á las llanuras, rodaban las bolas de nieve y destrozaban con sus hachas los obstáculos que encontraban en su carrera, en esa huída polichinesca, estrambótica, horripilante... ritmada por cascabeleo monótono y chocante... monótono y chocante... monótono y chocante...

El despertamiento de Tarsila fué como el comienzo de un fantástico delirio.

Estaba perdida en una gruta fabulosa, donde todo era chispear de pedrerías, irisaciones fulminantes, feéricos relampagueos, fulgencias súbitas, cristalizaciones radiosas... una mágica ostentación de colores, derrochándose en indescriptible esplendor de matices... la cueva de Aladino.

Fosforecían allí las fulguraciones espectrales del carbunclo, disolviéndose en las flamescencias tenues de los cuarzos, y las cornalinas, los rubíes como gotas de sangre cristalizados, se incrustaban entre el áureo vaho de los topacios episcopales, ó en las fúnebres obsidianas, ó en las venturinas empolvadas de oro.

Palpitaban, coruscando, las glaucas estrías de los ópalos, las oblicuas facetas de las amatistas imperiales, los florescentes espatos, los ónices funerarios y las tétricas marcasitas...

Los gnomos, esos misteriosos descendientes de una raza milenaria, no sólo son dueños de los ricos veneros ocultos en lo profundo de la madre única, también poseen joyas y valiosas preseas, porque en las noches tristes, al mortecino fulgor de los lumineros del cielo, han profanado las alcobas de las princesas merovingias para robarles sus cofres de sándalo y sus insignes pedrerías.

Tarsila, enajenada por voluptuoso estupor, contemplaba aquella espléndida apoteosis, creyéndose la heroína de un cuento de hadas.

El tuno Puck se irguió, elevando su vientre de Gambrinus:

—Aquí hay—dijo—tesoros suficientes para perder á todas las mujeres, desde Eva hasta la última que aliente amor al lujo sobre la costra terrestre: los hombres, los pobres necios, no podrán nunca seducir á sus amantes con una fortuna como esta: las emperatrices y cortesanas de los césares romanos, serían humildes pordioseras ante esta opulencia extramundana: yo me río de Cleopatra y otras como ella, porque tengo arcones reforzados de herrumbre enmohecida, que guardan en su fondo negras perlas vírgenes y pálidas, caídas de la luna, cuando la invicta Venus se fué al cielo, y también perlas brunas, más bellas que las que brotaron adheridas á la concha de Anadyomena.

¡Ah, sí, yo soy magnífico é invencible, yo poseo muchas pedrezuelas, de esas que absorben la luz y rutilan como estrellas sobre la frente de Sulamita; yo tengo en mis cavernas las pepitas de oro que fuesen necesarias para cubrir la tierra; tengo todas las gemas que codiciara la reina de Saba; yo tengo un elixir mágico, el elixir de la inmortalidad, que mata á la muerte y hace la vida perdurable; ven conmigo, doncella pensativa, ven conmigo, á mame y serás como la diosa.

Los gnomos aplaudieron con entusiasmo.

El tuno Puck se irguió, elevando su vientre de Gambrinus.

—Nosotros, los habitantes de las grutas, sublimamos á las mujeres hasta

las más imponderables excelssitudes: por ellas envejecemos buscando piedras nuevas; por ellas somos gambusinos; por ellas bajamos á las minas, despreciando los derrumbes y el grisú; por ellas llevamos el mandil suspenso al cinto y la piqueta pronta á romper la nervatura de los filones; por ellas nos hacemos artífices mosaicistas y talladores de diamantes; por ellas padecemos de avaricias y encanecemos prontamente... por ellas... por las mujeres...

Los gnomos aplaudieron.

Yo te ofrezco mis riquezas, muchacha melancólica; serás mi señora, poseerás mis palacios subterráneos, tendrás vasallos á miles, beberás cerveza negra en el vaso de Federico Barbarroja, podrás ataviarte con las vestiduras de Grimilda ó Brunequilla... serás inmortal... ¿lloras? ¿pues qué más quieres?

—Amor...

CIRO B. CEBALLOS.

Méjico.



Señora Celina Cuenca de Williams

Ecós de la revolución

LOS DESARMES

Terminadas definitivamente las tratativas de paz entre el gobierno y las autoridades nacionalistas, en todos los departamentos donde existían fuerzas revolucionarias, así como del gobierno, se dió principio al desarme, aquéllas bajo los requisitos estipulados en el pacto cerrado, que eran las de hacer entrega en puntos dados y en presencia de delegados del Ejecutivo, de todas las armas que pertenecían al Estado, refiriéndose, como se sabe, á las que armaban á las Urbanas sublevadas; y estas últimas, las fuerzas del gobierno, que sólo fueran Guardias Nacionales, en las ciudades cabezas de departamentos. Como es de presumir, al darse cumplimiento á esta colectiva rendición de armas y pasiones, en un tes del punto de localización de sus acciones belicosas, otras bastantemente cercanas, ofrecían uno de esos aspectos extraños que para desgracia nuestra se repiten con alguna asiduidad en el suelo de nuestra común bandera.

Las columnas en viaje hacia los centros de desarme, unas distan-



El desarme en el Durazno.—1,200 hombres del general Muniz frente á la jefatura
Fot. de Paladino.



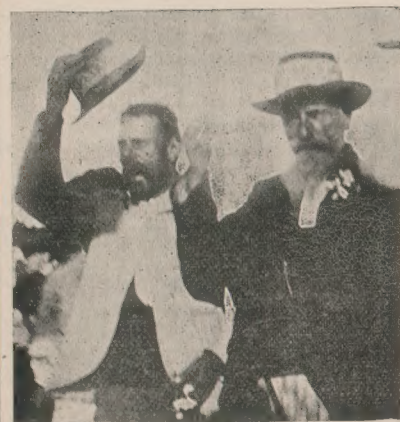
San José.—Comisión de señoras que fueron á recibir á los jefes sublevados

rato, con pocos intervalos, coronados, empingorotados, si así puede decirse, de voluptuosas cintas matizadas, que se desenvolvían, marchaban, marchaban con un imperturbable ritmo de voluntad, siempre despacio, pero siempre andando, adelante, adelante... Y al trote monótono de las bestias cansadas de marchas interminables, las po-



Abanderadas de la comisión

Fots. de Severino Cantí



Coronel Cicerón Marín y mayor Miguel Cortinas viviendo á las damas maragatas

bres bestias que siempre son las destinadas á encerrar los rencores civiles de sus dueños sin comerlo ni beberlo, sin haberlo querido, ¡qué van á quererlo ellas pobres bestias pacíficas! —allá van hacia el lugar de la cita consabida, el río de soldados vete-

ranos los menos, novicios los más, con el arma en una mano, las riendas flojas en la otra, el cansancio extenuante en el cuerpo, la felicidad de las próximas alegrías presentidas en el alma... Después, la escena final, la escena prevista. El soldado, el hombre-guerrero, el hombre agresivo-defensivo, abandona sus atributos, entrega el arma, sostén de su ideales ya satisfechos, y se vuelve á lo que era antes, un pacífico, un laborioso, un hijo de la paz y del progreso. El labriego, vuelve á su arados y á sus tierras abandonadas, reinicia la vida de los



La Urbana de San José en formación para entregar las armas—Fot. de S. Cantí.

es confesado, grande es el sacrificio. Tienen que ser muy grandes los ideales para ello.

Y para final extraño de todo esto, quedan las escenas de familia, la vuelta al hogar de los seres queridos y deseados. El cariño lo hace todo. Abrazos, besos,

lágrimas, alegrías, tristezas. Todo esto revuelto, en raro consorcio, matizado, explosionado todo ante un solo motivo: la vuelta del cariño ausente. Madres, padres, novios, hermanos, todos entonan ese día el hermoso, el dignificante canto al amor, á la dicha, al porvenir, á las esperanzas...

Vale esto mucho, verdad; pero más vale que no existan estas tristes causas para llegar á tales patéticos resultados.

Otros son los horizontes. Otras las perspectivas.



Revolucionarios marchando hacia el campamento de la división González



Flores.—La Urbana el día 17 de marzo sublevada en el patio de la jefatura

campos germinadores; y los demás, que casi siempre son los menos en razón de que el humilde, el trabajador de la naturaleza, es el que está condenado por una ley arbitraria á ser el mayor contribuyente de las convulsiones de sangre, vuelven también á sus quehaceres, á sus diversas ocupaciones de los pueblos y las ciudades. Todo queda en paz. El silencio fraternal vuelve á imperar sobre nuestra patria entera. Pero, ¿y lo perdido, lo que se ha destruído, lo que se ha deshecho, lo que se ha malgastado? ¿Quién lo vuelve, quién lo repara, quién lo restituye? Nadie. El azote aún no ha concluído. Quedan los resabios. El jefe de familia, el individuo, tiene que ahogar la angustia del alma impresionada, y por sus propios brazos, con sus solas fuerzas, reparar el mal hecho, conquistar las posiciones que le daban bienandanza y alientos para vivir. Cuando se lanzan á una guerra, pocos son los que se fijan en estos tristes resultados, y los que lo hacen, teniendo esto en cuenta y teniendo que perder, preciso

Las fotografías que publicamos de la gente del general Muniz frente á la jefatura del Durazno, fué tomada el lunes 6 de Abril á las 10 de la mañana.

La tropa ha echado ya pie á tierra para proceder al licenciamiento.

Las vistas de San José, enviadas por nuestro corresponsal Pedro Chabalgoity, fueron tomadas con motivo del desarme de la Urbana de aquella localidad, efectuado en medio de entusiastas vivas dados por las damas nacionalistas maragatas. Una comisión de señoras salió al encuentro de la división, con banderas desplegadas, como puede verse en nuestros grabados.

Las otras fotografías proceden de Flores y representan también varias escenas de la sublevación y desarme de los insurrectos.

La de la Urbana fué tomada en la madrugada del día 17 cuando la milicada entusiasmada empilchaba sus pingos para largarse á la nueva guerra.



Flores.—La Urbana dirigiéndose á la ciudad para proceder al desarme

Fots. de F. Argullo.

I

¡Es Isabel tan linda!
 Tiene una boca juvenil que encanta!
 ¡Tan roja como el cútis de una guinda,
 E ingénua como el labio de una santa!
 Isabel reúne siempre en torno suyo
 A cuanto astuto colegial encuentra,
 O deja de plantón en las vidrieras,
 Cuando á una tienda entra,
 Un enjambre de jóvenes lumbreras.
 Es una niña aún; sus ojos pardos
 Destácanse en su faz pálida y bella.
 ¡Hay el tinte en su tez de frescos nardos
 Abrillantados con fulgor de estrella!
 ¡Es Isabel tan buena,
 Que á quien hable con ella, lo enajena!
 Pues, confunde en su voz de suaves trinos,
 La emoción del dolor con la tristeza,
 Los cánticos divinos
 De las aves que entonan en la altura
 En sinfónicos trinos
 El himno hacia la gran naturaleza,
 Con el rítmico acento de ternura
 De la virgen que muere por despecho,
 Y que llama al galán con asias llenas
 Para hundir su cabeza dentro el pecho
 ¡Y sepultarle sus intensas penas!
 Es Isabel tan santa,
 Que cualquier eco mundanal la espanta
 Y llora sin cesar como chicuela.
 Cuando alguna amigueta pizpireta,
 Le narra la romántica historieta
 De una pasión gigante de novela

II

Apesar que Isabel es tan hermosa,
 No es del todo dichosa;
 Pues siente accesos de tristeza inmensa
 Cuando ve que se van las golondrinas
 Como novias enfermas, peregrinas
 A perderse en la bóveda azulada,
 O á traspasar la mar alborotada
 Para llegar á sus primeras cunas,
 Después de un raudo y caudaloso vuelo
 Probandos sus fortunas
 De balcón en balcón, besando el suelo.
 Isabel siente vértigos de penas
 Cuando nota dos nubes compañeras
 Que deshacen sus frágiles cadenas
 Por ráfagas de brisas pasajeras.
 Quisiera ver eternamente unidos
 Los cielos y la tierra
 En un abrazo indisoluble y santo!
 No le place el quebranto
 Lo harmónico le gusta; no la guerra
 En las humanas cosas
 Anhela ver dos tórtolas mimosas
 Contarse en sus arrullos soberanos
 La historia del amor,—la apasionada
 Novela de sus sueños extra humanos,
 En la cual la heroína enamorada
 ¡Esconde el pico para abrir sus alas
 Y ofrendar al Amor sus ricas galas!

III

Por la noche Isabel duerme intranquila;
 El sueño se le vá, siempre vigila
 Su raudo y triste pensamiento joven.
 No importa que las horas se las roben
 La duda y el pesar. Reza inconsciente
 Rosarios y oraciones.
 El pecho se abre; se clarea la mente,
 Y la niña entre suaves sensaciones

Hunde en la almohada su cabeza hermosa
 Y quédase dormida cual la rosa,
 Embriagada por trémolos y sonos
 De música harmoniosa!
 Y así pasan los meses y los meses
 Y la niña cavila sin descanso;
 De su almita, en el límpido remanso
 No se reflejan las doradas mieses.
 Sólo el astro de fuego del Verano
 Le presta sus ardientes resplandores
 A sus vírgenes sienes nacaradas;
 ¡Inflamando en sus venas azuladas
 La explosión pasional de los amores!

IV

En torno de Isabel siempre se agitan
 Gallardos corazones, que palpitan
 Con el calor de la pasión primera,
 Por conquistar siquiera
 Una sonrisa de sus labios rojos,
 O algún soslayo de sus pardos ojos
 Más apesad de que aún no mira á nadie,
 Ella parece acariciar sonriente
 Por los confines de su almita santa,
 La silueta de un joven pretendiente
 que mucho la quebranta.
 Y ese dulce pesar que la enamora
 Jamás lo manifiesta á sus amigas.
 ¡Conoce á las mujeres,
 Y sabe que las tiene de enemigas
 Si les dice sus íntimos quereres!
 El Ideal que su cabeza forja
 Lo vé risueño en un gallardo joven;
 ¡Le da miedo el pensar que se lo roben,
 Después que lo ama con vehemencia loca
 Y besa en sueños su tranquila boca!
 Mucho no ha de durar la inútil lucha
 Que libra sin razón su mente inquieta.
 ¡Continuamente lee con ansia mucha
 Los trágicos amores de Julieta!

V

Todo en la vida su destino tiene.
 Lo bello y bueno pedestal de fama.
 Siempre á su tiempo la victoria viene,
 Cual llega el beso para aquel que ama.
 La niña se decide,
 A dar audiencia al corazón que sufre.
 ¡Ella ha sentado con pasmosa calma
 Que será su existencia en adelante,
 La santa voluntad del que preside
 El universo en su vaivén gigante!
 Y trócase su gran melancolía
 en plácida alegría.
 Sus noches son auroras nacaradas;
 Sus tardes, un coloquio interminable.
 ¡Las estrellas son cunas argentadas
 Donde mora su sueño idolatrable!
 Se ríe del pasado.
 Ama el presente con ternura suma.
 Su rostro se constela demasiado
 De la pasión con la purpúrea espuma.
 Sigue como antes Isabel tan santa,
 Que cualquier eco mundanal la espanta;
 Más no llora, cual tímida chicuela,
 Cuando alguna amigueta pizpireta,
 Le narra la romántica historieta
 De una pasión grandiosa de novela
 Sino que con el alma se apasiona
 Porque triunfe el amor de su heroína.
 ¡Y en su vida risueña no ambiciona
 Sino en amar hasta que el sol declina!

PEDRO ERASMO CALLORDA.

La carta

En Angulema nació, al mismo tiempo que el
 sobre, su compañero, y una caja de cartón le
 sirvió de cuna. Apenas salida de las creadoras
 manos del artífice, fué adornada con flores azu-
 les y lujosamente prendida con una *M* de plata.
 Alguno días después de su nacimiento, el fa-
 ricante, su dueño, la envió á París en gran ve-
 locidad; iba cubierta con envolturas de papel, y
 metida con otras en una caja de madera.

Al clavar el cajón, la asustaron los golpes
 del martillo, y toda temblando se aproximó á
 sus compañeras.

Dos días después veía la luz del sol en un es-
 caparate del Boulevard; allí, sujeta con unos
 garfios de hierro, mezclada con estampas y pa-
 peles, entre objetos de madera y bronce, de
 marfil y nácar, miraba suplicante al sobre que
 estaba expuesto más abajo, como pidiéndole el
 auxilio de su protección en medio de tantos ex-
 traños.

Su virginal atavío contrastaba con el de las
 hermosas actrices, represen-
 tadas en artísticas fotogra-
 fías.

Entre un retrato de Gam-
 betta y un busto de Víctor
 Hugo, mirando una apoteosis
 de la república ó al lado de
 la Venus manca, permaneció
 mucho tiempo inmóvil y ais-
 lada.

Veía cruzar en vertiginoso
 torbellino los carruajes y las
 personas y pareciale que ca-
 da individuo que pasaba la
 amenazaba con un raptó.

¡Ella tan pura y casta, con
 su blanca túnica salpicada
 de flores celestes; ella, que
 ceñía á su frente la *M* de
 plata como argentada diade-
 ma, en poder de un seductor
 de oficio ó en compañía de
 una vengadora descocada?

¿A qué fines la destinarían? ¿Sería instrumento
 de perdición y vería manchada su alba vestidu-
 ra por signos de ignominia, ó se rozaría con
 mugriento billete más vil que el metal que re-
 presentaba?

Emisaria del dolor, ¿iría sembrando llanto
 por donde quiera que fuese, ó paloma mensaje-
 ra, llevaría en su pico la amorosa nueva?

Esto pensaba la carta, mientras desfilaban
 por delante de su balcón, hombres y mujeres,
 jóvenes y viejos, grandes y pequeños!

Así permaneció mucho tiempo, sufriendo en
 su incertidumbre, como joven esclava, expuesta
 en el mercado, que ignora el tratamiento que le
 dará el nuevo comprador; pero un día, ¡día fel-
 iz! vió que un coche se paraba á la puerta de la
 tienda y que bajaba de él una encantadora mu-
 chacha, de unos diez y seis años, blanca como la
 espuma de los mares, con ojos brillantes como
 luceros y de dos trenzas de oro cayendo sobre
 la espalda, vestida de blanco, y ostentando co-
 mo ella flores azules y adornos de plata.

Poco después, la fría mano de la tendera la
 sacó del escaparate, con el sobre que la seguía,
 y poniéndola en una caja, con otras varias igua-
 les á ella, la cerró, envolviola cuidadosa, y la
 ató con dorado hilillo; ella sintió como un cin-

turón que la ajustaba, y luego le pareció que la
 llevaban de un lado á otro, y aletargada por la
 obscuridad, quedóse dormida.

La joven subió al coche, con la caja en la
 mano, y la puso con otros paquetes en un asien-
 to vacío.

Un brusco movimiento la despertó de su le-
 targo, la sacaron de la caja y se sintió acaricia-
 da por unos dedos de rosa, y luego cuidadosa-
 mente guardada entre los perfumados pañuelos
 de olán y *sachets* de violeta.

Allí en el armario, permaneció encerrada va-
 rios días, aspirando y recogiendo en sus plie-
 gues el olor de esencia y perfumes, hasta que
 una tarde, María, que así se llamaba la joven,
 abrió el armario y sacó la carta que, coqueta, se
 miraba en el espejo, mientras su dueña cerraba
 el mueble.

Colocada sobre el blando terciopelo de artís-
 tica carpetilla, la carta se sintió acariciada por
 pluma de oro, que iba trazando sobre su blanca

superficie, en letras moradas,
 las palabras del más puro
 amor que posee la lengua de
 Cervantes. Una lágrima can-
 dente le cayó sobre el rostro,
 en la *M* de plata y sintió que
 la besaban con ósculos abra-
 zadores. Loca de felicidad al
 verse tan agasajada, la carta
 se plegó gustosa á la volun-
 tad de María, quien después
 de agregar unos *no me olvi-
 des* naturales, á los que ha-
 bía pintados en el papel, la
 metió en el sobre, y lo cerró,
 poniéndole, una vez escritas
 las señas, sellos de varios co-
 lores.

La carta, arrojada por la
 mano de la joven en una bo-
 ca de león de piedra, rodó
 por una calleja oscura, y se
 halló prisionera en el buzón

de correos, donde otras más bastas la rozaban
 lastimándola.

Luego la sacó de allí, rudo carcelero, cuyas
 toscas manos la hicieron crujir de dolor, al ver-
 se maltratada, fué pasando de unos en otros,
 sin hallar afecto ni dulzura, hasta que por fin
 se encontró en la estafeta de correos, viajando
 en tren expreso.

Vió cruzar pueblos y ciudades con la veloci-
 dad de sombras chinescas, y sintió el silbar de
 la locomotora y chirrido de las ruedas.

Después de muchas horas de viaje llegó por
 fin á una ciudad bella como pocas, bañada por
 poética ría, célebre por su historia, por sus mo-
 numentos suntuosos, por su industria importan-
 te, por sus hijos ilustrada: la heroica Bilbao.

Ardió la guerra civil en las provincias vas-
 congadas, y el novio de María, el capitán Ace-
 vedo, estaba allí de guarnición: para él era la
 carta que la bella española había escrito en Pa-
 rís y que llegaba á su destino.

También en Bilbao, el cartero y el asistente
 la miraron con desdén, y hasta que llegó á ma-
 nos de Acevedo, nadie la dió valor ni impor-
 tancia; pero apenas la cogió éste, ansioso al
 reconocer la letra, rompió el sobre, precipitado;
 la carta, temblorosa en manos del amante, llo-



raba la muerte de su fiel compañero; luego se sintió acariciada y besada de nuevo, y por último, cuidadosamente guardada en una cartera con otros papeles.

Allí estuvo largo tiempo, encerrada sin que una mano amiga fuese en su busca, oyendo sólo las descargas de la artillería y los silbidos de las balas cruzarse rápidas.

Ha pasado un año desde la llegada de la misiva á Bilbao. El capitán Acevedo murió en

Campaña, víctima de la fratricida lucha. María, más hermosa que nunca, se dispone á dar su mano á un opulento banquero, y la carta, enviada con otros objetos á los parientes del capitán, es rasgada por mano indiferente, y hecha mil pedazos, arrojada con otras muchas al cesto de los papeles. ¡Así concluyó su existencia la prenda de tan tierno amor!

EL MARQUÉS DE PREMIO REAL.

Luz...

CARTELES ARTÍSTICOS



La entrada de Cristo en Jerusalén

debilitando, la claridad se hacía más confusa. Empezaban á levantarse de la tierra especie de constelaciones, velos suaves, blanquecinos... y el mundo seguía durmiendo... Se adivinaba algo que allá en lo desconocido comenzaba á estremecerse pero que aún no mostraba su frente: el sol...

III

...Y la luna seguía su carrera, era un disco cada vez más pálido, se hacía casi transparente, parecía diluirse en el cielo... Las estrellas comenzaban á languidecer, se apagaban; sus últimos parpadeos eran de agonía... y la luna cada vez más pálida, desapareció. Entonces invadió á la tierra algo como un crepúsculo, y el alma de los bosques comenzó á agitarse suave en los nidos, y allá en el oriente se tejían cortinajes de nubes, y aquellos cortinajes se iban tiñendo en un rosa tenue...

El sol apareció radiante, sublime, magestuoso, desatando sus cascadas de oro y sangre. A sus besos el mundo despertó de su sueño haciendo vibrar en mil labios un grito de júbilo: el grito inmenso de la vida!...

Buenos Aires, Abril de 1903.

ANDRÉS TERZAGA (hijo).

Pensamiento

La noche no es negrura que amedrenta;
hay que alzar la mirada:
es la extensión azul que allá se ostenta
de fulgor de laceros inundada.
¡Dolor, no eres castigo;
te calumnia también quien tal te nombra:
eres noche del alma, eres la sombra
que al pequeño amilana,

mientras toma contigo
brillos celestes la virtud humana;
y, almo sol junto á pálidas estrellas,
la de luces más vivas y más bellas
es la sublime Caridad cristiana!

ANTONIO BECERRA Y CASTRO.

Juan Francisco



Coronel João Francisco Pereira da Souza

nuestro pueblo hasta en sus menores detalles de vida íntima, por lo que consideramos nosotros obvio entrar en informaciones, suficientemente conocidas, por las sendas crónicas que le han dedicado todos los diarios de nuestra capital y campaña.

El programa de las carreras

SU PUBLICACIÓN AUTORIZADA

Con placer comunicamos á nuestros lectores y muy especialmente á los aficionados al turf, que desde este número empezamos á publicar el programa oficial de las carreras que se verifiquen en Maroñas, para cuyo efecto, hemos sido autorizados por la comisión directiva del Jockey Club, quienes al dispensarnos este favor, han visto también de nuestra parte los deseos de servir al público, propagando como es consiguiente la afición á las luchas del turf.

LA ALBORADA, no se concretará exclusivamente á la publicación del programa de carreras, sino que abrirá una sección deportiva, en la que los aficionados encontrarán informaciones completas, acompañadas cuando las necesidades así lo exijan, con fotografías relacionadas con los puntos de que se trate.

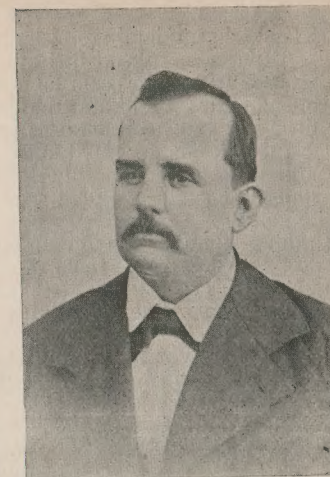
De football, por ser uno de los juegos atléticos que mayor aceptación han tenido entre nosotros, también nos ocuparemos. Haremos conocer el resultado de los partidos que se jueguen y anunciaremos los encuentros que deban tener lugar, si para ello tienen á bien los señores capitanes de los clubs de esta capital, mandarnos el aviso de los partidos que tengan concertados, indicándonos campo, hora y teams de los dos bandos. Bien entendido que estos anuncios, como las crónicas ó noticias que hayan de ser publicadas, deben llegar á nuestra mesa de redacción á más tardar el jueves de mañana.

Ahora, hecho este pequeño *entrouito*, vamos á ocuparnos de la muy interesante reunión hípica que mañana tendrá lugar en el Hipódromo Nacional de Maroñas.

Un lote de once perdedores se disputarán el triunfo en la primera carrera del programa, y entre estos se destacan á nuestro juicio, Cagnac, Mariscal, Madreselva y Ariza, especialmente esta última á quien consideramos la probable ganadora.

Handicap es la segunda prueba en 1,400 me-

Basilisio Saravia



Coronel Basilisio Saravia

Es el coronel Saravia un prestigioso jefe del partido colorado, y hermano del general nacionalista del mismo apellido. En esta revuelta ha tenido bastante figuración, con motivo de su nombramiento para desempeñar la comandancia militar del departamento de Treinta

Tres. Persona sumamente ilustrada, posee conocimientos laudables del arte de la guerra, y es en sus pagos sumamente apreciado por la caballerosidad y finura que le distinguen.

En la penúltima revolución militó también en las filas de su color político, haciendo como jefe de la división Treinta y Tres, toda la campaña

tros, que cuenta nueve inscripciones. Todos tendrán partido, y Coraza y Kartoum serán, á no dudarlo, bien sostenidas en las cotizaciones del sport, pero... Ventarrón nos gusta y Meca puede muy bien dar uno de esos dividendos que contentan el ánimo de los *mixtos* y entristecen el de la cátedra.

La carrera clásica, nos parece quedará reducida á una lucha encarnizada, entre Farsante, Chulo, Calandria y hasta la misma Miss Mantova, pues no creemos en fantasmas aunque estas estén en Tuna Baja ó Sierra Morena, ó vengan de la Gloria ó del Gran Mogol, y el que no lo crea así, se convencerá de que un Farsante ó un Chulo, certificarán nuestra creencia con pruebas irrefutables al final de la lucha.

Se afirma que Chipá debe ganar el premio Vidalita y hay quien da como una fija la victoria de Cincinato. Así será y no nos sorprenderá el hecho, ¿pero Grecia no se opondrá á que tal cosa suceda? Esperemos.

En los 2,500 metros, no sabemos cuál elegir, si Paolín ó Lybia, únicos á quienes dispensamos nuestra confianza.

El desarrollo de la última carrera lo vaticinamos como uno de los mejores del día. Los siete productos que forman el lote, no tienen en su haber una victoria en la vuelta. Todos pueden ganar y difícil se hace el pronóstico, pero con todo y aunque no faltará quien califique de ridículo el vaticinio nuestro, lo hacemos en favor de Digón ó Chiquito.

Y ahora, hasta el sábado, en que daremos cuenta del resultado de estas carreras, cuyos pronósticos en resumen son:

Premio Farsante.	Ariza
» Calepino.	Ventarrón ó Meca
» T. Tres.	Chulo
» Vidalita.	Grecia
» Lingote.	Lybia
» Yararaca.	Digón

“Sobre las olas”

La tarde de un domingo, á bordo: sobre el inmenso vapor se cernía el fastidio como una gran ave gris. Hacía frío y caía la noche. El sol, antes de sumergirse en el mar, habíase alargado como un gran huevo luminoso, como si quisiese, impaciente, besar las olas teñidas de toda la policromía del crepúsculo, antes de que su orbe amortado llegase á la línea azul y envaguecida del horizonte.

Algunos irlandeses bailaban en el puente al son de la música. Estábamos muy cerca de Queenston, entre las brumas del canal de Irlanda, desgarradas un momento por los venablos de la tarde.

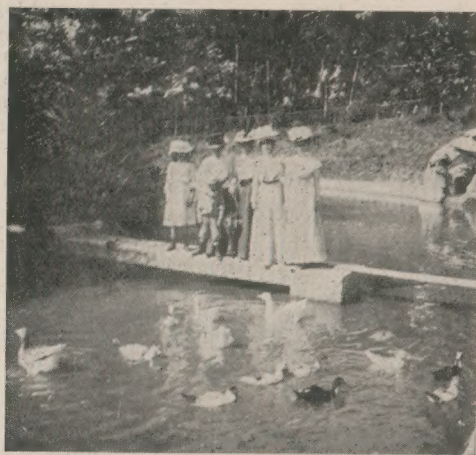
De pronto, la voz plañidera, espasmódica y tediada de una acordeón, hizo eco al entonces anémico grito del agua.

Preludiaba un vals lleno de molicie y de melancolía, y ese vals era «Sobre las olas», de Juventino Rosas. La flema irlandesa halló que aquello era hermoso, y las rubias muchachas, desgarradas, redoblaban sus movimientos, ritman lo con deslizamientos monótonos los compases, sobre las tablas empapadas de agua salobre del puente.

«¡Sobre las olas!...». Pensé en el pobre músico mexicano que en una tarde de verbena y de hastío, al bordo del sucio y pobre canal de Santa Anita, viendo cómo el viento delgado del Valle rizaba las hondas oscuras y nauseabundas, había soñado esas melodías voluptuosas y tristes que le han hecho célebre en todos los pueblos. Pensé en su humilde vino inspirador de cosas tan bellas, en la



«Villa Dolores».—Lago de los cisnes



En el lago de los cisnes.—Ven acá patita—No seas tan mala

opulencia de una musa criolla impaciente de salvar las barreras de azur de nuestras montañas; en la inopia del joven maestro inédito, que en otro país, en otro medio, hubiera sido un Strauss ó un Waldteufel, y me invadió repentina pena, amarga como la hiel del Océano que se hinchaba levemente en rededor de nuestro barco.

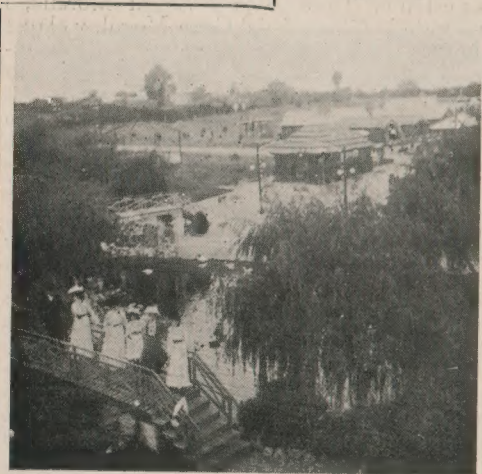
Meses después sorbía yo concienzudamente en la taberna romana de la Exposición de 1900, un refresco, en una tarde estival, de esas que se prolongan indefinidamente, con indecisiones de crepúsculos interminables.

La orquesta de la taberna era famosa por el llorar de sus violines y de sus violas pulsados por taumaturgas manos de zingaros, y por el gemido grave de un violoncello maravillosamente herido y por el hueco sonar de una marimba... sí, de una marimba guatemalteca ó chiapaneca que los músicos exhibían, traducida al bohemio como instrumento de procedencia ragusana...

De pronto también un vals que en aquella tarde de pereza estival cuadraba al con «insouciance» de los espíritus: era «Sobre las olas». El entusiasmo se desbordó al oírlo, y recuerdo que una inglesa premió con un luis de oro un «bis» pedido al director.

No lejos de la taberna, entre la multitud de las banderas cosmopolitas ondeaba, sobre el humilde pabellón de México, la bandera mexicana y la bandera de Juventino Rosas!

¡Pobre músico!... Pensé en el loco desbordamiento de alegría que hubiera determinado en su corazón aquel luis de oro pagado por oír su vals, en el corazón de París, en un certamen que congregaba á todo el universo; y torné á ponerme triste...



«Villa Dolores».—Lago Azul

Más tarde, en una de esas tardes de lila y rosa pálido del Otoño, en un café del «Boulevard des

Italiens», tomaba yo el aperitivo, contemplando el eterno desfile de «preciosas» y de gomosos que invaden las resonantes aceras cuando viejos compases familiares despertaron mi oído. La orquesta tocaba «Sobre las olas».

Al concluirse el vals acerquéme á la pianista, una muchacha enlutada de rostro enjuto y nariz israelista.

—¿De quién es ese vals? le pregunté.

—Es de... (aquí un nombre francés que no recuerdo) un joven músico que promete mucho ¡Pobre Juventino! Se hacía célebre despersonalizándose.

herradura de diamantes, aquellos compases llenos de perezosa gracia tropical, hablándome de la patria lejana y del pobre maestro, me pusieron triste otra vez.

Según Wagner, la música hiere en nosotros no precisamente un órgano cerebral, sino algo que podría llamarse «el órgano del ensueño», y como este órgano del ensueño no se pone en actividad por ministerio de impresiones exteriores, á las cuales el cerebro, por el momento cuando menos, está cerrado completamente, su ejercicio debe sin duda determinarse en el interior del organismo y revelarse á nuestra conciencia ya

HOMBRES ILUSTRES



Arrigo Boito en su gabinete de trabajo

Y sentí otra vez mi vieja tristeza.

Y más tarde aún, en el espléndido salón de conciertos de Zurich, á la orilla del lago azul, en una de esas noches en que todas las constelaciones palpitan en las aguas tersas, en tanto que yo dormitaba en una banca, bajo un árbol de riente parque que da acceso al pabellón, he aquí que la lenta melodía preliminar del vals, viene á arrullar mi semisueño.

Pero esa vez en el programa figuraba el nombre de Juventino. Los alemanes, más piadosos que los parisienses, le dejaban á la sombra el usufructo de su gloria.

Y allí, á la margen del lago de terciopelo bordado de todas las luces de la playa semicircular, como una enorme amatista montada en una

despierta, en forma de sentimientos misteriosos y oscuros.

Estos oscuros y misteriosos sentimientos engendraban en mí siempre en forma distinta de acuerdo con el paisaje interior, el dulce vals de Juventino; y era lo que yo sentía, como si un pedazo del alma de la patria infantil aún, débil, embrionaria y triste, vestida sólo de la gracia naciente de sus montañas y de sus selvas, de sus razas incipientes y de sus balbuceos sentimentales, me siguiera á través de mi peregrinación en forma de melodía, hermanada con todos los ritmos ambientes: el de las cuerdas heridas por manos suaves, el de las hondas trémulas teñidas de luz y el de las lejanas y misteriosas estrellas...

AMADO NERVO.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Apolo	1	«Divisa»	zaina	4	57	Aguiles—Raquel	ch. turquesa g. col.
E. Las Piedras	2	«Cognac»	alazán	4	56	Camora—Reuse	ch. bl. lums. pzo. g. punzó
S. Mariscal	3	«Merisela»	zaino	4	56	Offenheit—Mirelle	ch. y g. negra y oro
S. Trilbina	4	«Trilbina»	zaina	6	56	Napoleon—Mirelle	ch. escocés bda. y g. color
S. Los Ideales	5	«Victoria»	zaina	4	56	Duke 6 Berwick—Amy	ch. b. e. p. ms. y g. bl. pz.
S. Argentina	6	«La France»	colorada	4	54	Payson—Lamia	ch. a. m. b. p. c. y b. g. p.
S. Planchard	7	«Hisa»	alazán	3	54	Guerrillero—García	ch. bl. mgs. y g. p. punzó
S. Querande	8	«Boquerón»	zaino	3	54	Guerrillero—Venguerens	ch. mar. y vd. a. r. h. g. v.
S. Recuerdo	9	«Amina»	zaina	3	52	Mivoin—Miss Bowler	ch. y g. azul
S. R. Guadalupe	10	«Madreselva»	zaina	3	52	Aguiles—Sapho	ch. violeta y g. naranja
S. F. Saravia	11	«Ariza»	zaina	3	52	Aguiles—Chairette	ch. y g. granate

Handicap para todo caballo.—Distancia: 1400 metros aprox.—Entrada: \$ 10.—Forfait: \$ 5.—Premios \$ 400 al 1.º y \$ 50 al 2.º.—A las 2 y 15 p. m.

2.ª carrera—Premio «Calepino».

Handicap para todo caballo.—Distancia: 1400 metros aprox.—Entrada: \$ 10.—Forfait: \$ 5.—Premios \$ 400 al 1.º y \$ 50 al 2.º.—A las 2 y 15 p. m.

3.ª carrera—Premio «Treinta y Tres» (clásico).

Handicap para todo caballo.—Distancia: 1200 metros aprox.—Entrada: \$ 20.—Premios: \$ 800 al 1.º, \$ 100 al 2.º y \$ 50 al 3.º.—Forfait: \$ 10.—Peso 52 y 50 kilos.—A las 2 y 50 p. m.

Para potrillos y potranas nacidos desde el 1.º de agosto de 1900.—Distancia: 1200 metros aprox.—Entrada: \$ 20.—Premios: \$ 800 al 1.º, \$ 100 al 2.º y \$ 50 al 3.º.—Forfait: \$ 10.—Peso 52 y 50 kilos.—A las 2 y 50 p. m.

1. «Farsante»	2. «S. Morena»	3. «Chulo»	4. «Gran Mogoli»	5. «Exmoor»	6. «Karna»	7. «Karna»	8. «Karna»	9. «Karna»	10. «Karna»	11. «Karna»
alazán	alazán	zaino	zaino	zaino	zaino	zaino	zaino	zaino	zaino	zaino
2.52	2.52	2.52	2.52	2.52	2.52	2.52	2.52	2.52	2.52	2.52
Progreso—Farsita	Junquill—Lancía	Junquill—Pobruca	Junquill—Pobruca	Junquill—Pobruca	Junquill—Pobruca	Junquill—Pobruca	Junquill—Pobruca	Junquill—Pobruca	Junquill—Pobruca	Junquill—Pobruca
ch. y g. col. bda. y mg. n.	ch. y g. granate	ch. az. mg. oro g. az. y o.	ch. r. alam. n. g. r. y nar.	ch. marrón g. oro	ch. az. 4 lums. az. g. color.	ch. bl. bda. y g. oro	ch. bl. bda. y g. oro	ch. bl. bda. y g. oro	ch. bl. bda. y g. oro	ch. bl. bda. y g. oro
ch. y g. col. bda. y mg. n.	ch. y g. granate	ch. az. mg. oro g. az. y o.	ch. r. alam. n. g. r. y nar.	ch. marrón g. oro	ch. az. 4 lums. az. g. color.	ch. bl. bda. y g. oro	ch. bl. bda. y g. oro	ch. bl. bda. y g. oro	ch. bl. bda. y g. oro	ch. bl. bda. y g. oro

PROGRAMA PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DEL "JOCKEY-CLUB"

PROGRAMA OFICIAL DEL DOMINGO 19 DE ABRIL DE 1903

Comisarios del mes de abril: señores doctor Eduardo Vargas, G. Piccoli y B. Duale

1.ª carrera—Premio «Farsante».

Handicap para caballos de 3 años y más edad que nunca hayan ganado y para perdedores.—Distancia: 1000 metros.—Entrada: \$ 10.—Premios \$ 300 al 1.º y \$ 50 al 2.º.—A las 1.40 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Uruguay	1	«Chipsa»	zaina	3	57	Progreso—Vanda	ch. celeste g. blanca.
E. Chantilly	2	«Chincho»	alazán	3	56	Offenheit—Civé	ch. y g. punzó
S. Exmoor	3	«Nativa»	zaina	3	56	Laureo—Ilustro	ch. r. alam. n. g. r. y ng.
S. Gordon	4	«Fretta»	alazán	3	52	Orbi—Gibara	ch. azul g. oro
S. Oriental	5	«Brelona»	zaina	3	52	Guerrillero—La Marchale	ch. r. y n. a. r. n. g. p. n.
S. La Sierra	6	«García»	colorada	3	48	Guerrillero—Amatador	ch. p. y n. a. r. n. g. p. n.
E. Clover	7	«Uruguay»	zaino	3	48	Offenheit—Mellia	ch. azul mgs. oro g. a. y o.
S. Apolo	8	«Vialita»	zaina	3	47	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa g. colorada

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
S. Uruguay	1	«Chipsa»	zaina	3	57	Progreso—Vanda	ch. celeste g. blanca.
E. Chantilly	2	«Chincho»	alazán	3	56	Offenheit—Civé	ch. y g. punzó
S. Exmoor	3	«Nativa»	zaina	3	56	Laureo—Ilustro	ch. r. alam. n. g. r. y ng.
S. Gordon	4	«Fretta»	alazán	3	52	Orbi—Gibara	ch. azul g. oro
S. Oriental	5	«Brelona»	zaina	3	52	Guerrillero—La Marchale	ch. r. y n. a. r. n. g. p. n.
S. La Sierra	6	«García»	colorada	3	48	Guerrillero—Amatador	ch. p. y n. a. r. n. g. p. n.
E. Clover	7	«Uruguay»	zaino	3	48	Offenheit—Mellia	ch. azul mgs. oro g. a. y o.
S. Apolo	8	«Vialita»	zaina	3	47	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa g. colorada

Handicap para caballos de 3 años y más edad que nunca hayan ganado y para perdedores.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: \$ 10.—Forfait: \$ 5.—Premio: \$ 350 al 1.º y \$ 50 al 2.º.—A las 3 y 25 p. m.

4.ª carrera—Premio «Vialita».

Handicap para caballos de 3 años.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: \$ 10.—Forfait: \$ 5.—Premio: \$ 500 al 1.º y \$ 50 al 2.º.—A las 4 p. m.

5.ª carrera—Premio «Lingote».

Handicap para todo caballo.—Distancia: 2500 metros aprox.—Entrada: \$ 15.—Forfait: \$ 5.—Premios \$ 500 al 1.º y \$ 50 al 2.º.—A las 4 p. m.

6.ª carrera—Premio «Yaracaca».

Handicap para caballos que no hayan ganado en 1750 6 más metros.—Distancia: 1800 metros aprox.—Entrada: \$ 10.—Forfait: \$ 5.—Premios \$ 400 al 1.º y \$ 50 al 2.º.—A las 4.35 p. m.

1. «Corza»	2. «Bovela»	3. «Hilary»	4. «Hilary»	5. «Fidias»	6. «Chiquito»	7. «Cachibá»	8. «Gondola»
zaina	zaina	zaina	zaina	zaina	zaina	zaina	zaina
4.56	4.56	4.56	4.56	4.56	4.56	4.56	4.56
Guerrillero—Marchale	Saint-Gal—Miss Royal	Progreso—Ortina	Orbit—Gaidy	Aleria—Favore	Express—Favore	Offenheit—Cádel	Express—Loutie-Michel
ch. vde. bda. ng. g. p.	ch. azul mg. g. colorada	ch. y g. col. ms. y b. ng.	ch. marrón g. oro	ch. y g. granate	ch. punzó 4 lums. bls. g. p.	ch. azul g. oro	ch. y g. col. y negra

HOTEL Y POSADA

con

AGENCIA de DILIGENCIAS

Cerro Largo, Treinta y Tres y Cuchilla Pereira

DE

JULIO ODDO

Agecia de consignaciones en general

DE

Oddo & Cía.

ESTACION NICO PEREZ

PROFESIONALES

BEHEREGARAY JUAN. Escribano público. Ituzalngó 162.

HERRERO Y ESPINOSA MANUEL. Abogado. Cerrito 253.

PEREIRA ANTENOR R. Escribano público. Rincón 63.

RINALDI Y GUERRA. Cirujanos dentistas. Plaza Independencia 113.

MACARTNEY, Doctor. El Dentista americano. Rincón núm. 162a.

PRANDO ALGARATE, Juan. Rematador y Defensor Judicial. Escritorio: Juncal 171a

BAZAR ENCICLOPÉDICO.—Calle Uruguay números 146, 148, 148a, 150, 152 y 154, entre Convención y Arapey.

DE JILA, A.—Sastrería del Río de la Plata.—Especialidad en el corte—Libreas para cocheros.—18 de Julio 234.

EMULSION NORTON

Pastillas de Eucalipto

— Y —

Codeina NORTON

Capsulas de Cáscara Sagrada

NORTON

DEPÓSITO:

CAMPOMAR & C.

25 de Mayo, 375

FOTOGRAFÍAS

Y

Grabados

En la administración de

“LA ALBORADA”

calle Daymán 52, se venden los clisés publicados y copias de las fotografías que aparecen en esta revista.

Para Football y Ciclistas

RICAS CAMISETAS FRANCESAS

de pura lana, fondo negro con rayas celeste, punzó, amarilla y rosa.

Grandiosa ocasión: á \$ 1.00 cada una

TIENDA MENDEZ

SORIANO ESQ. ARAPEY. Teléfono: “Uruguaya”.

CROMOS

Tamaño 37 x 28 á colores

DEL

Sr. José Batlle y Ordoñez

Dr. Juan Carlos Blanco

Tte. Gral. Máximo Tajes

Sr. Eduardo Mac-Eachen

A

\$ 1.00 cada uno

Se venden en todas las Librerías, Agencias y Administración de "La Alborada", calle Daymán 52.

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien cancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Riviera	\$ 27.04	Nemesio Ruiz (hijo)—Saucedo del Olimar	\$ 10.20
Demetrio Errausquin—Maldonado	13.43	Alfredo M. Luc—Estación Cazot	7.80
Saturnino Mernies—Mercedes	9.00	Marcelino Moa—San Fructuoso	31.80
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	11.40	Eduardo Cano—Aberasturi—Rivera	10.80
Elvira Gareña—Parado	9.10	Pablo C. Godoy—Cerro de la Calera	15.40
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	8.64	Vicente Bravo—San José	12.30
Francisco M. Sánchez—Minas	7.40	Gregorio García—San Carlos	5.80
Miguel Balvela—Itapebí	14.10	Jesús Sosa—Florida	7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

que debía medir de cuatrocientos á quinientos pies de largo.

El doctor Filhiol preguntó al capitán Bourcart en cuánto calculaba la marcha del *Saint-Enoch*, marcha que parecía uniforme. El capitán respondió:

—No debe ser menos de 40 leguas por hora.

—¿Hemos andado, pues, cerca de 500 leguas desde hace doce horas?

—Sí... ¡cerca de 500 leguas!

Aunque esto sea para sorprender, lo cierto es que existen ejemplos de rapidez aún superior. Y precisamente en el Océano Pacífico habíase producido el siguiente fenómeno, señalado algunos años antes por un comandante de estaciones navales.

Después de un violento temblor de tierra en las costas del Perú, una inmensa ondulación del Océano se extendió hasta el litoral australiano. En saltos precipitados, aquella ola de dos leguas de longitud recorrió casi una tercera parte del globo con vertiginosa velocidad, calculada en 183 metros por segundo, ó sea 658 kilómetros por hora. Lanzada contra los numerosos archipiélagos del Pacífico, precedida de lejana oscilación submarina, su llegada se anunciaba por un gran ruido en los alrededores de las tierras, y, franqueado el obstáculo, caminaba aún más rápidamente.

M. Bourcart conocía este hecho, referido en el *Journal du Havre*, y después de habérselo citado á sus compañeros, añadió:

—No me asombraría que fuésemos testigos y víctimas de un fenómeno de ese género. Un movimiento volcánico se habrá producido en el fondo del Océano, y de aquí el origen del desconocido escollo en que ha varado el *Saint-Enoch*. Después, lo mismo que á continuación del temblor de tierra del Perú, una enorme ola ha surgido, y tras arrancarnos del escollo, nos arrastra hacia el Norte.

—En mi opinión—declaró M. Heurtaux viendo al capitán King hacer un gesto de aprobación—esto parece más admisible que la existencia de un monstruo marino.

—¡Y qué monstruo!—añadió el doctor Filhiol—¡capaz de transportar nuestro navío con velocidad de 40 leguas por hora!

—¡Bien!—respondió el contramaestre Ollive—digan ustedes eso á Juan María Cabidoulín, y verán ustedes si abandona la idea de su kraken ó su serpiente de mar!

Poco importaba, en suma, que el tonelero se empeñase en seguir creyendo sus historias fantástico-marinas. Lo esencial hubiera sido poder conocer hasta qué latitud el *Saint-Enoch* podía ser arrastrado aquel día.

M. Bourcart tomó el mapa y pretendió establecer la posición. Verosímilmente, la dirección seguida era mantenida hacia el Norte. Podía, pues, admitirse que el navío, después de haber franqueado las Kouriles al largo de la última isla, había atravesado el mar de Behring. De otro modo, hubiera naufragado, ya en este archipiélago, ya en las Aleutias, más al Este. En la superficie de esta ensenada, ninguna tierra emergía que pudiera ser obstáculo. Hasta, dada su velocidad, el barco debía haber franqueado aquel estrecho de 15 leguas. Pero, franqueándole, hubiera bastado que la inmensa ola obli cuase algunas millas al Este ó al Oeste para

arrojarse en el cabo Oriente de Asia ó en el cabo del Príncipe de Gales de la tierra americana. Pero, puesto que esto no había acontecido, ¿podía dudarse que el *Saint-Enoch* no estuviese ya en pleno Océano Ártico?

El doctor Filhiol preguntó á M. Bourcart:

—¿A qué distancia de ese escollo se encontraba, pues, la mar polar?

—A unos 17 grados—respondió el capitán;—lo que, á 25 leguas por grado, da cerca de 425 leguas...

—De modo—dijo M. Heurtaux—que no debemos estar lejos del paralelo 70.

¡El paralelo 70 es el que limita el Océano Ártico, y en aquella época el banco polar debía estar próximo!

Los 56 hombres embarcados en el *Saint-Enoch* corrían verosímilmente á la más espantosa catástrofe.

El navío se perdería en medio de las soledades hiperboreanas.

En aquella latitud se encontrarían los hielos ya inmovilizados más allá del estrecho de Behring, los ice-fields, los ice-bergs y el infranqueable banco polar.

¿Y qué sería de los tripulantes, admitiendo que no fueran tragados por el abismo tras violento choque? Si conseguían refugiarse sobre algún témpano ó en uno de los archipiélagos de tales parajes, Nueva Siberia, la tierra de Wrangel ó algún otro grupo, á centenares de leguas de las costas de Asia y de América, sobre una de esas islas inhabitadas é inhabitables, sin víveres, sin abrigo, expuestos á los fríos intensos que desde Octubre envuelven las regiones del mar glacial, ¿qué suerte les esperaba? Invernarse en tales sitios sería imposible, y ¿cómo llegar á las provincias de la Siberia ó de la Alaska?...

Cierto que, al salir del estrecho de Behring, la enorme ondulación oceánica, teniendo más ancho espacio para extenderse, debía perder en fuerza y velocidad. Además, ¿no se debía contar con la baja que indicaba la columna barométrica? En medio de los rafaes, sobre una mar agitada, cuando el viento soplara tempestuosamente, tal vez el *Saint-Enoch* recobraría su libertad. Sin embargo, desamparado, bajo el golpe de las tormentas del principio del invierno ártico, ¿cómo resistiría y qué sucedería? ¡Tristísima era la perspectiva que se le ofrecía al capitán Bourcart y á sus compañeros sobre aquel navío, que ya no podrían gobernar, perdido en el fondo de aquellos lejanos parajes!

Tal era la situación, que ni la energía, ni la inteligencia, ni el valor podrían modificar.

Trancurrió la mañana. El *Saint-Enoch* continuaba siendo arrastrado como resto de naufragio abandonado al capricho del mar. El no poder la mirada atravesar la espesa bruma hacía más espantosa la situación. Además, en la imposibilidad de permanecer sobre el puente, solamente al través de las estrechas ventanas del cuadro, M. Bourcart y sus oficiales hubieran podido observar á lo lejos. Ignoraban, pues, si el navío pasaba cerca de tierra á la proximidad de una ú otra orilla del estrecho de Behring, y si se mostraba alguno de los archipiélagos árticos contra el cual chocase la onda y el *Saint-Enoch* con ella.

(Continuará).

